

UNAMUNO E HISPANOAMERICA

Luis Barahona

IMPROVISACION SOBRE UN RECUERDO

De las varias veces en que he estado en Salamanca recorriendo sus calles, admirando sus catedrales, visitando su vieja universidad, refrescándome en las clásicas riveras del Tormes y haciendo recuerdos de su historia, toda ella tan nuestra, tan estrechamente unida, sobre todo por su universidad, a nuestro destino y a nuestra cultura, ninguna me ha quedado tan incrustada en el corazón como la última, cuando un viejo conserje de la Universidad, el mismo que cuidó la casa de Unamuno hasta su muerte, me llevó a visitarla. Hay allí una enorme parra que va festonando a manera de friso las ventanas altas de la casa desde donde se puede ver la ciudad ilustre con sus campanarios, y a lo lejos, las huertas que riega el Tormes.

En el interior de aquella casa de paredes blancas, sobriamente decorada, se recata una plácida luz y un aire apenas embalsamado por unas pocas plantas de adorno que crecen en los tiestos de sus balcones, dándole a todo un ambiente, más que de hogar, de cenobio, de claustro monacal, tan propio de esas tierras castellanas.

Afuera está la biblioteca donde el maestro recibía a sus amigos y en lo interior la alcoba y el resto de la casa. En sus paredes, en azulejos incrustados, hay muy variados y bellos pensamientos sobre la amistad, la santidad de la vida y del amor conyugal, el sentido profundo de la paternidad y de la maternidad, y, en general, sobre la vida toda del hogar. Estos pensamientos reflejan al amigo, al esposo, al padre maravilloso que debió ser el Unamuno de la intimidad. Aquella casa es un santuario viviente en donde se percibe todavía el paso leve de sus moradores, del buen padre, de la dulce esposa y de los alegres hijos retozando su sana alegría infantil. Tal es la casa del poeta, del educador, del profesor, y, sobre todo, del hombre que había en don Miguel . . . Y allí está su escritorio donde un buen día, entretenido en amorosa faena de creación intelectual y poética, dejó de latir su corazón sobrecargado de amor a España. En aquel escritorio debió sentarse más de una vez a meditar en sus amigos de ultramar y en las cosas de América, como suelen hacerlo los viejos que allá suspiran por los nietos nacidos en las tierras del Nuevo Mundo, antaño tierras del rey de Castilla y hoy tierras de esperanza para un mundo angustiado. En aquel sillón debió meditar mucho Unamuno sobre el destino, el porvenir y el alma de su patria, de su España. Todavía parece fresca la tinta con que escribía las cartas a los viejos amigos americanos: Rojas, Blanco Fombona, Rodó; en esa tinta todavía tan fresca nos parecen escritas las páginas de uno de sus mejores libros que hoy vamos a comentar para iniciar nuestra exposición: "En torno al Casticismo".

Sirvan estos recuerdos personales para introducir el tema de Unamuno y lo hispánico y el de Unamuno y lo hispanoamericano.

UNAMUNO Y LO HISPANICO

¡España! ¡España! . . . España le duele en el corazón a Unamuno, por eso dedica a su conocimiento, a su vivencia, a su tragedia toda su vida, todas sus fuerzas y sus mejores años de luchador intelectual.

La Hispanidad eterna, el casticismo puro se le revela al vasco insigne como la razón última, el fundamento o "arché", como dirían los griegos presocráticos, del ser de España. En la búsqueda de este principio determinante del acontecer histórico, formula don Miguel su conocida tesis de la intrahistoria o sea, "la historia de los hechos permanentes" que constituyen la "tradicción eterna".

Entre estos hechos permanentes destaca, a manera de característica definida para siempre del español, su distinción entre lo real y lo ideal, tan maravillosamente representada en los dos personajes más españoles de la literatura, Don Quijote y Sancho. El idealismo religioso y el unitarismo conquistador explican la expansión de España por el mundo, la orientación de su política y el sentido de su historia posterior.

Esta distensión entre los dos polos de su actividad, típica del hombre hispánico, entre lo real y lo ideal, entre lo sensible y lo intelectual, entre lo terreno y lo divino se funde en el alma de los grandes místicos, expresión suprema de la realidad humana de los españoles; en aquellas almas superiores "parece se fundieron el espíritu quijotesco y el sanchopancino en idealismo tan realista, como que es la idealización de la realidad religiosa ambiente en que vivían" (1).

De lo dicho se desprende que la intrahistoria, que es lo de siempre, lo permanente, lo íntimo y peculiar de toda vida, viene latente en el acontecer huidizo, superficial de las cosas visibles. Ella es la que permite comprender eso que hay de auténtico en la vida de los pueblos, "la casta íntima" o sea lo que hay de verdaderamente humano en cada uno de ellos.

Por encima de esta "casta íntima y eterna", Unamuno coloca el oleaje encontrado de los opuestos, —realismo e idealismo en todas sus formas— y en esto consiste lo que entendemos por carácter español. Pero esto es sólo aparente, lo superficial, porque la verdadera realidad no es otra cosa que una perpetua referencia de este juego dramático, o mejor, trágico de la existencia a la casta íntima que es como el fondo mismo de ese mar donde se gesta continuamente la vida de los pueblos. Esta es la tarea de la hispanidad, del hombre hispánico, vivir en perpetua faena agónica, conciliar en la unidad de dos polos de la existencia, lo real y lo ideal, el espíritu y la carne, aun que sin lograrlo mientras se viva.

No vamos a entrar en la justificación de esta manera de concebir la realidad y la vida, típica de Unamuno, que unos creen poder explicar por relación a su temperamento, otros por su irracionalismo, por su "spencerianismo" o positivismo, y, finalmente, por su comportamiento generacional, por su incrustación histórica. Lo que nos interesa destacar es el concepto de hispanidad que fluye, a manera de conclusión, de las premisas dadas, a saber, que si partimos de la existencia real de la "casta íntima y eterna", las notas del carácter español y su manera de actuar en la historia, "su estilo", como diría García Morente, así como sus más notables realizaciones no son otra cosa que consecuencias forzosas de la dinámica de su alma colectiva. Dicho de otra manera: hay en el español algo que lo determina a asumir ante la vida una conducta determinada bien por los valores materiales, bien por los valores ideales, la cual en el transcurso de los siglos vino a cristalizar en la historia del pueblo español que hoy conocemos. El fatalismo de tal concepción, fatalismo por otra parte muy español, refleja a las claras un ascendiente germánico de origen romántico, a saber la concepción del VOLKGEIST, o como solía repetirlo José Antonio, "la unidad de destino" que cada pueblo está llamado a cumplir fatalmente. Por eso España, al cumplir con su misión en la historia universal, no pudo menos que llenar aquel su destino al cual la impulsaba en forma incontenible y ciega "su casta íntima y eterna", su vocación incontestable.

Todos estos conceptos adquieren un sorpresivo giro místico en el pensamiento de Unamuno, cristiano a su manera. En sus consecuencias, útiles para alcanzar su concepto de Hispanidad, ésta se nos muestra como una revelación o explicitación en el

(1) *En torno al casticismo. Ensayos I*, pág. 57.

tiempo de la intrahistoria; lo que los españoles hicieron no es sino la actualización de lo que se precontenía ya en forma de simiente en los pliegues u honduras internas de su alma. A su vez, los hechos realizados revierten sobre esta alma o casta íntima y la enriquecen. No otra cosa es lo que debemos entender por tradición eterna, pues se trata de un ir desde los oscuros hontanares de la humanidad hispánica hacia su quehacer histórico, y un volver desde los hechos al fondo común de lo intrahistórico para evidenciar el presente, revelándonos su sentido. El anhelo de proyectar en el tiempo sin límites esa vivencia del ser propio como un valor supremo para la humanidad, para la ecumene anti-hispánica o simplemente ahispánica es lo que constituye el "ideal hispánico". Tal es el meollo de toda la mística hispanista de Unamuno.

Unamuno se duele intensamente, es cierto, de que España torciera el camino de su intimidad marchándose para América y luego a Europa, pues arrastró a los españoles hacia "la corriente de los demás pueblos". "Se entró en España, dice, la poderosa corriente del Renacimiento, y nos fue borrando el alma medieval... Y se pensó menos en la muerte, y se fue disipando la sabiduría mística" (2). De entonces acá los españoles han sido menos españoles y han sufrido el castigo, "la condenación del que trata de moldearse por otro y es que dejará de ser él mismo para no llegar a ser el otro a quien toma por modelo, y así no será nadie" (3). Los españoles deben más bien tratar de convertir, de hispanizar a los otros, antes de que puedan incorporarse a su ser por asimilación profunda los valores ajenos. Pero, claro está, para ello es necesario que antes vuelvan a ser lo que siempre debieron haber sido, españoles auténticos, imbuidos de las esencias eternas de la casta (4).

Ahora bien, tratándose de América, puesto que lo anterior se aplica claramente al caso de la europeización de España, el problema es otro. En primer lugar, es necesario establecer con claridad qué hemos de entender por el término Hispanoamérica o Iberoamérica, pues no existe eso que algunos mal informados han dado en llamar "latinidad". América es hija de España y habla español, no latín. Ahora bien, Hispanoamérica o Iberoamérica no está constituida por un conglomerado de pueblos que puedan mostrar ningún tipo racial único, esto aparte de que la raza es un mito dichosamente desechado por la antropología científica. El gran filósofo mejicano Vasconcelos ha dicho, con mucho acierto, en opinión de Unamuno, que constituímos una raza cósmica, un crisol de razas u holla podrida de pueblos (5).

En esta enorme diversidad de tribus, de razas y de pueblos Unamuno busca una razón, una justificación de su unidad y cree encontrarla en el idioma. El idioma constituye la única y verdadera raza espiritual. "El lenguaje, escribe, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español" (6). Debemos notar que Unamuno tiene una idea muy amplia del idioma que armoniza con la misión que le confiere de ser el factor unitario de los pueblos. "Un idioma —IDIOMA, originariamente, apostilla Unamuno, quiere decir propiedad—, un idioma de habla es una raíz, más que depósito, de tradiciones, y lleva en sí una visión y una audición del universo mundo, una concepción de la vida y del destino humano, un arte, una filosofía y hasta una religión" (7).

De esta manera el lenguaje deja de ser un nexo meramente contingente, una pura forma de relación social, como lo han querido ver culturalistas y sociólogos, para convertirse en algo muy hondo y religante, algo que Unamuno designa con la palabra

(2) Cfr. *Algunas consideraciones sobre la Literatura Hispano-Americana*. Colección Austral. Pág. 115.

(3) *Ibid.*, pág. 128.

(4) *Ibid.*, págs. 128, 129.

(5) Cfr. *Ensayos VI*, pág. 921.

(6) *Ensayos VI*, pág. 905.

(7) *Ensayos VI*, pág. 915.

Hispanidad. Por eso, llevado de su celo hispanizante, en su artículo sobre "La comunidad de la lengua hispánica", escribe: "Y así hoy, cuando aseguradas nuestras *sendas independencias* nacionales, las de los pueblos de nuestra habla, sentimos la necesidad vital de asegurar y consolidar nuestras sendas personalidades colectivas y comunes, nos vemos forzados a fundarlas sobre una Interpopular hispánica, sobre una hispanidad común. Y su asiento es el habla común, a recrecer y recrear la cual contribuyen todos los pueblos". Más adelante, comentando el "Discurso de la bandera", donde Sarmiento ofrece a los españoles tierra y libertad, exclama: "¡Tierra y libertad es para el espíritu el habla!" (8).

Con lo dicho podemos ver cómo el dolor que siente por la política de los Reyes Católicos, y después de ellos, por la política de expansión hacia América de Carlos V y Felipe II, parece haberse mitigado con el triunfo de esta raza espiritual que se encarna, se expande y se enriquece en el idioma. ¡Oh feliz culpa!, pareciera querer decir, lleno de santo celo hispánico, que nos has permitido escuchar el grito de Rodrigo de Triana, en la aurora del descubrimiento: "¡Tierra!", en la lengua, todavía medieval, del Cantar del mío Cid.

UNAMUNO, EL IDIOMA Y NUESTRA LITERATURA.

En realidad creo que el puente por donde entra Unamuno en Hispanoamérica es el idioma y el estudio de nuestra literatura. Bien conocida es su extensa correspondencia con escritores, poetas, revistas y periódicos de este lado del Atlántico en la cual fue dejando sus impresiones y juicios sobre libros y hombres, sobre problemas de todo orden tal cual podía verlos desde la otra rivera, ya que nunca tuvo la oportunidad de viajar por nuestros países.

Tomados en conjunto nuestra literatura, así como nuestro lenguaje, cobra todo su valor en cuanto éste es considerado por Unamuno como el mismo lenguaje de España que sigue aquí como allá un mismo proceso de evolución y crecimiento. Con pocas variantes es el pensamiento de Menéndez y Pelayo y el de todos los escritores, historiadores y ensayistas que he denominado como el "grupo de los hispanistas" en mi libro dedicado al tema del "Ser hispanoamericano".

El programa que fija Unamuno a los pueblos hispanoamericanos está trazado en estas palabras: "En América desarrollará la española, la raza histórica, la que tiene por sangre la lengua, potencialidades que aquí se ajan y languidecen atrofiadas a falta de uso. Y allí, a la vez, se enriquecerá y se complejizará nuestra habla, flexibilizando sus rígidos contornos. "Es decir, por un lado realizar la obra que quedó trunca en España, a saber, la actualización del idioma, del verbo en que se expresa el espíritu de la raza, la casta íntima y eterna, y por el otro, pulir, suavizar las aristas del alma india para que el idioma pueda interpretar a plena orquesta la gran sinfonía del nuevo mundo, que es la sinfonía de la humanidad del futuro (9).

Por eso pondera y admira la obra de nuestros gramáticos Bello, Caro y Cuervo, tan preocupados por la pureza del idioma por ver la realidad de manera poco castellana" (10); por eso nos reconoce a los hispanoamericanos el "derecho de influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos". En esto creo que todavía tenemos mucho trecho que andar, a pesar de las frecuentes reuniones de las academias de la lengua y de los esfuerzos que se realizan en el plano de la investigación y de la educación general. Ello se debe, en mi opinión, al aislamiento en que vivimos los habitantes de este continente, ignorándonos en casi todos los aspectos. Todavía está por escribirse el Diccionario de los Pueblos Hispánicos, en tanto que

(8) *Ensayos* VI, pág. 918.

(9) *Ensayos* VI, pág. 790.

(10) *Ibid.*, pág. 789.

abundan los diccionarios regionales en los que se pretende dar a los términos, la mayor parte de ellos de ancestro peninsular, orígenes meramente criollos, con lo que de continuo ahondamos más las diferencias entre las diferentes patrias hispánicas, lo que contribuye a nuestro desmembramiento en momentos en que precisamente debemos fomentar el espíritu de unidad y de integración. Unamuno nos da una sabia explicación de la unidad del idioma cuando dice que en América el castellano no vino a sustituir a idiomas indígenas. En realidad los conquistadores, que eran españoles, siguieron hablando el español y sus descendientes hasta nuestros días, por lo que hoy sigue predominando el grupo primitivo lingüístico sobre los otros grupos que actúan en forma accidental.

Al tratar de las influencias que ha ido recibiendo el idioma en los últimos siglos, señala Unamuno el peligro de la imitación de lo externo, si con ello se olvida y menosprecia el legado hispánico, pues es la manera más rápida de llegar a desconocer su propio espíritu. En esta línea de su pensamiento está concebido el extenso comentario que dedica a nuestra literatura a propósito del libro de José de la Riva Agüero, titulado "Carácter de la literatura del Perú independiente". Allí podemos leer ideas como ésta: "La literatura del Perú es una literatura imitativa, como lo son las literaturas todas hispano-americanas y acaso tanto más cuanto más pretenden ser originales" (11).

Según Unamuno, y de acuerdo con la de la Riva Agüero, en su tiempo predominaba la imitación casi exclusivamente de la literatura francesa (12). Ahora bien, "la gran originalidad, la verdadera originalidad dimana siempre de un ideal", dice el autor de la tesis, agregando a continuación que "los hispanoamericanos, no tienen ni han tenido un ideal propio, y probablemente no lo tendrán en mucho tiempo", porque "nos falta a los hispanoamericanos, para ser capaces de engendrar un fecundo ideal colectivo, homogeneidad étnica, confianza en nuestras fuerzas, vida intelectual intensa y concentrada, y hasta desarrollo social y económico". Por su parte Unamuno, que adhiere a estas afirmaciones, agrega: "Y les falta otra cosa, la misma que nos falta a los españoles para volver a tener un ideal que nos dé originalidad; les falta sentimiento religioso de la vida, porque la religión que heredaron de sus padres y los nuestros es ya para ellos, como es para nosotros, una pura mentira convencional".

Pero sobre el tema religioso volveremos luego. Le parece a Unamuno, con muy sobrada razón, desde luego, que no podemos vivir de una sola influencia, por lo que recomienda el aprendizaje de varios idiomas vivos y el estudio de las ciencias filosóficas y sociales. En lo relacionado con el estudio de las lenguas clásicas dice que "vale más que unos pocos las sepan bien, o siquiera las sepan, a no que muchos hayan aprendido a declinar y conjugar en latín y no sepan latín". Por algo lo diría él que había enseñado estos idiomas por varias décadas en la universidad salamantina.

Es conocida su afirmación de que los hispanoamericanos carecemos de fantasía; "no es más que prosaísmo, dice, puro prosaísmo lo más de nuestra literatura". Personalmente no estoy de acuerdo con esta afirmación, pues si es cierto que, al parecer, hemos carecido de imaginación para los negocios, si bien más creo que se trata de un excesivo apego a las riquezas, como lo reconoce él mismo, en el campo de las letras y en el de las artes ya vamos dando muestras de poseer espíritu altamente poético, altas calidades imaginativas. Como prueba fehaciente de nuestra afirmación bastaría con citar los nombres más cimeros de nuestro parnaso.

Por lo demás, la correspondencia de Unamuno con las grandes figuras de la intelectualidad hispanoamericana, así como sus comentarios, llenos de ideas originales de amistosa franqueza sobre nuestros mejores valores literarios como en el caso de Sarmiento, Rodó, Darío, Martí, Amado Nervo, Guido Espano, Juana de Ibarbourou, Hugo Wast, —(seudónimo de G. Martínez Zuviría)—, Rufino Blanco Fombona, Ricardo Palma, Aquileo Echeverría y tantos otros más, atestigüa su amor a nuestras

(11) *Algunas consideraciones sobre la Literatura Hispano-Americana*, pág. 76.

(12) *Ibid.*, pág. 90.

letras así como el reconocimiento de su valor, que, en su sentir, como en el de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, era el valor de la literatura hispánica común a todos nuestros pueblos.

UNAMUNO Y LOS GRANDES PROBLEMAS DE HISPANOAMERICA

En torno a los más grandes problemas de Hispanoamérica podemos situar algunas observaciones de Unamuno que reflejan su pasión por todo lo nuestro, su conocimiento, a pesar de la distancia, de nuestra realidad continental y lo certero de su enfoque.

Empecemos por los problemas culturales. Unamuno se preocupaba grandemente por la tendencia americana al mamonismo, a la pura prosperidad material, sin contrapeso espiritual. En nuestros días estamos viendo cómo nuestras clases acomodadas siguen en verdadero declive por la fácil pendiente del confort y del materialismo. No hay refinamiento espiritual casi en ningún sentido; ni cultura intelectual, ni afición al arte, ni sentimientos morales delicados. Tan sólo se aspira al disfrute de la hora que pasa. No hemos aprendido a utilizar los bienes materiales en su función de medios útiles para fines nobles, sino que los hemos convertido en fines.

En el aspecto religioso Unamuno cree que sólo un movimiento de raíces profundamente cristianas puede salvar nuestra sociedad hispanoamericana, pero se da cuenta de que tanto aquí en América como en España ese cristianismo está de capa caída, ha venido a menos, ha perdido potencialidad; por eso considera que hace falta una Reforma, así con mayúscula (13). Considera que el excesivo intelectualismo católico en la enseñanza de los dogmas es el causante de que los pueblos fácilmente caigan en el libre pensamiento, que "es, nos dice, una actitud intelectualista en que yace inerte el fondo de la más alta espiritualidad, el fondo religioso". Conocida es la posición antidogmática de Unamuno, antidogmatismo que es una manera de presentar su irracionalismo filosófico. Para él católico es sinónimo de intelectualista y dogmático. Por eso concluye que: "el anticatolicismo acaba en los países de tradición católica por ser anticristianismo y antireligiosidad".

En mi opinión considero errado el pensamiento de Unamuno, pues ni en España ni en América el catolicismo es sinónimo de intelectualismo: otra cosa es la teología. Aquí no hemos tenido todavía intelectualismo, captación reflexiva de los contenidos de nuestra fe; eso es precisamente lo que nos hace falta; en cambio nos ha sobrado la beatería, la ignorancia supina de esos contenidos y una buena dosis de superstición. La ignorancia y la mala fe han inventado un nuevo cristianismo que, aventando el grano se ha quedado con la paja, y de ella vivimos; apenas si nos ha quedado una pátina inconsistente en lo místico, en lo moral y en lo social. De aquí que nuestro vivir casi no tiene ya nada de cristiano y sí mucho de pagano por el consiguiente menosprecio de los valores espirituales y el desenfrenado apetito de los valores materiales de la existencia. Y, claro está, puestos en esta perspectiva sí estamos de acuerdo con Unamuno en que aquí hay que realizar una "reforma", pero no una reforma de tipo teológico, sino una reforma para entronizar el cristianismo auténtico en su simplicidad de amor a Dios y al prójimo, en su vivencia cristiana de fe ardiente, de caridad por amor al Cristo de los pobres y al Cristo que predica las cosas del espíritu, el reino de Dios y el menosprecio de las riquezas y de los valores meramente materiales. En una palabra una reforma que implique pureza de vida, de fe y de caridad.

Ahora que, a pesar de todas nuestras flaquezas y desmayos, a pesar de nuestras mistificaciones, de nuestro egoísmo y de nuestro materialismo debemos reconocer con Unamuno que "la cruz es la cifra de nuestra común concepción paganocristiana en la

(13) Es interesante referir estas ideas al movimiento reformista del actual Concilio Eucuménico.

que sueñan hasta nuestros ateos y nuestros agnósticos"; dicho de otros modo, que Hispanoamérica es por su origen ,tradición, cultura e idioma cristiana; el cristianismo está latente en el trasfondo espiritual, o para emplear la terminología unamuneana, en la intrahistoria de la hispanidad americana (14).

A los problemas culturales siguen los problemas políticos y no por capricho, sino porque la ciudad o el estado es un reflejo del hombre; son los hombres los que constituyen la comunidad política, la perfeccionan o la destruyen. De donde que si el hombre está desmejorado en su condición moral o espiritual, si vive en grados disminuidos de cultura, la sociedad será un fiel reflejo de esta su condición. Empero no siempre todos los males de las sociedades nacionales son producidos por causas internas, sino que más bien ellas son víctimas de la acción de fuerzas exógenas incontrolables. En Hispanoamérica podemos observar este trágico doble juego de causas internas y externas que conspiran por impedir el desarrollo de nuestra vida política y social.

Pienso que posiblemente el deseo de variedad en la unidad, por contraposición a la pura unidad impuesta por el yugo castellano motivó la Independencia, tal como lo expresó o lo pensó Bolívar en su discurso al Congreso de Angostura. Porque aquella unidad impuesta desde fuera era una unidad de continente y no una unidad o integración de contenido. Esta fue la causa de que el voluntarismo impositivo de España sobre América no le permitiera ver claro el contenido complejo y rico de nuestro mundo; de haberlo hecho, de haber reconocido y favorecido esta diversificación dentro de la unidad quizá se habría madurado y logrado una separación orgánica, pacífica y fecunda.

Podemos decir con Unamuno que tanto en España como en América la unidad se pretendió lograr por la energía, por la fuerza y para eso sirvió la milicia, y, junto a ella, el clericalismo. Entiendo por clericalismo la tendencia a tomar la religión de pretexto para defender intereses no cristianos. Milicia y clericalismo se han unido en Hispanoamérica muchas veces para mantener un STATU QUO político, carente de libertad, y un STATU QUO social, carente de justicia, con lo que se han consolidado los fuertes, los ricos contra las clases menesterosas sumidas en el desamparo, en la miseria y en la ignorancia. De aquí surgió el caudillismo, por eso "con harta como dolorosa frecuencia, escribía Unamuno, se oye hablar de que hace falta palo para hacer entrar en razón a tales o cuales, de que esto o lo otro sólo se arregla con palo, que se necesita hombres de CALZONES, y otras enormidades por el estilo" (15).

Lograda la independencia política de España, quedamos a medio camino, pues los mandones de turno y la reacción de las clases ricas aristocráticas impidieron el desarrollo y el afianzamiento estable de las garantías políticas consignadas en las constituciones con grandes alardes de retórica decimonómica. Y es que en realidad no se tenía una idea del uso que de ellas habíamos de hacer, y, sobre todo, nuestros dirigentes no tuvieron una idea clara del "valor histórico de ese pueblo" que estaban gobernando (16).

Así hemos venido viviendo a lo largo del siglo diecinueve y así, con pocas diferencias, a lo largo de este siglo veinte que ya empieza a envejecer. En realidad salimos de una unidad ficticia, forjada a la fuerza desde fuera, unidad de continente, como decía Unamuno, para caer en la desmembración, pues nuestras clases dirigentes y nuestros gobernantes nos desmembraron para poder hacer mejor su agosto. Los de fuera, las grandes potencias, comprendieron enseguida el juego y lo favorecieron con lo que luego elevaron el negocio de la explotación de nuestras riquezas a cifras astronómicas y por eso hoy seguimos desmembrados, divididos.

Pero veamos estos problemas más despacio para acercarnos mejor al pensamiento de Unamuno sobre el presente y el futuro de Hispanoamérica.

(14) *Ensayos*, pág. 918.

(15) *Algunas consideraciones...*, pág. 17.

(16) *Ibid.*, pág. 97.

A propósito de un editorial publicado por un semanario inglés, Unamuno llama la atención de los sudamericanos sobre el hecho de que en Europa "muy pocas personas toman enteramente en serio a Sud América. Apenas sino los que de una o de otra manera la explotan o piensan explotarla". Todavía hoy día bien sabemos la propaganda y fuerza que hay que hacer para que los europeos paguen bien nuestros productos y la enorme ignorancia en que allí viven sobre nuestras cosas. Allí se nos considera poco más o menos como un cúmulo de reinos de taifas "sin lazo alguno de afecto o de interés propio para sobrepujar el antagonismo mutuo" (7). Sobre todo Unamuno destaca, en el artículo que estamos citando, las líneas en que se transparenta, según él piensa, el deseo mal disimulado de que "el tiempo, acentuando diferencias y moldeando a cada estado en una forma más asentada y rígida, haga naufragar al fin hasta la idea misma del panamericanismo... "ibérico", como cuidadosamente apostilla, sin duda para diferenciarlo del panamericanismo "made in USA". Estos deseos inconfesados los identifica con la postura que la raza anglosajona asume sobre América y que a él, gran hispanista, se le revela en la pugna lingüística que se libra todos los días en América entre el inglés y el castellano de los pueblos de lengua española (18).

Pero no todo es lucha lingüística, con ser tan importante este aspecto en que Unamuno resume la lucha espiritual y definitiva de los pueblos, pues de las palabras se pasa a los hechos, y "allí los tenemos, nos dice, a los yanquis, es decir las gentes de habla inglesa, dedicados al oficio de "revolucionadores" —que no es lo mismo que revolucionarios—. Ahí está la lamentabilísima historia de la República de Panamá manando, no sangre, pero acaso algo peor y más sucio". Téngase en cuenta que esto fue escrito en 1913 y no en 1964, como alguno podría pensar con toda justicia, pues en nuestros días sí ha corrido sangre joven.

No podría faltar una alusión a la "hipócrita doctrina Monroe, son sus palabras, que ha permitido a los Estados Unidos constituirse en el POLICEMAN de los países del caribe para obligarlos a lo que Mr. Roosevelt (el primer Roosevelt) acostumbraba llamar "decencia".

Hablar de Roosevelt es mencionar la teoría del "Destino Manifiesto", tal como la expresó el ex-Secretario de Estado, Mr. Elihu Root ante el Senado Norteamericano en 1912; "Es un hecho, inevitable, y lógico, decía éste, que nuestro destino manifiesto es controlar los destinos de toda América". La política expansionista del llamado Gran Garrote, a punto de resucitar en nuestros días, fue la traducción de esta filosofía ambiciosa al terreno de los hechos consumados. Por todo ello Unamuno acaba definiendo a Roosevelt como el "tipo más acabado de lo que podríamos llamar la hipocresía del cinismo, que fácilmente se transforma en el cinismo de la hipocresía". Creo que la historia de Cuba, Santo Domingo, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Haití y Panamá, en lo que llevamos de siglo, avala el pensamiento avisor de Unamuno.

No era raro que ante el panorama que le ofrecían los países de Hispanoamérica, desmembrados, empobrecidos y explotados por los comerciantes del norte a la sombra de su bandera —ya Roosevelt había proclamado que "La primera y más importante tarea es la de establecer la supremacía de nuestra bandera", la cita también es de Unamuno, —no era raro, repito, que propugnase ahora por el robustecimiento de la unidad espiritual, de la integración de lo que él llamaba, en frase llena de sentido, "Panamericanismo... "ibérico".

Esta integración suponía, en primer lugar, dadas las experiencias de absorción de las soberanías de los países iberoamericanos por la política funesta del "destino manifiesto", un robustecimiento de nuestra independencia; y para lograr esto nada como la defensa del idioma. "La lengua, escribía en el "Mercurio" de New Orleans, en 1911, es hoy el principal patrimonio de los pueblos todos hispánicos, es nuestro caudal, es la bandera que tiene que cubrir nuestra mercancía. Y si queremos conservar

(17) *Ensayos VI*, págs. 853 y ss.

(18) *Ibid.*, pág. 855.

cada uno nuestra independencia, es decir, nuestra personalidad espiritual, tenemos que comerciar en castellano. No es que no aprendamos la lengua de los otros con quienes tenemos que tratar, pero que aprendan ellos la nuestra" (19).

Pensamientos son todos estos que nos están demostrando, no sólo el amor de aquel viejo hispanista que nos habla desde el corazón de Castilla sobre la realidad, los problemas y angustias de las hijas de España, sino el cabal sentido de la lucha descomunal en que están empeñados estos países por su desarrollo integral desde hace ya bastante tiempo.

Hoy volvemos a retomar el pulso de la situación interna de todos nuestros países y nos encontramos con los mismos problemas que conoció en su tiempo Unamuno: un interamericanismo político, económico y social que nos tiene a las puertas de la revolución y está "pisando ya el lagar donde se amontonan las uvas de la ira", como ha escrito alguien, citando una obra célebre de nuestro tiempo.

Para colmo de males la presencia del comunismo en nuestras tierras ha venido a complicar las cosas con el estallido silencioso de la llamada guerra fría. El resultado de todo es que el sistema Interamericano es como un barco que está haciendo aguas por todos lados. Con palabras de un autor joven que conoce a fondo el problema, podemos decir que "Luego de más de 60 años de panamericanismo, la situación es que la próspera América sajona se encuentra en posesión del más perfecto sistema de solidaridad hemisférica política y militar, mientras América Latina se debate en el subdesarrollo, manifestado por una economía monoprodutora, dependiente del mercado exterior y particularmente de Estados Unidos y vulnerable a las oscilaciones de los precios de sus materias primas, por mala tenencia y explotación de la tierra, analfabetismo y retroceso" (20).

Esta misma realidad nos está demostrando que la mayor dificultad para resolver nuestros problemas está en que nuestros vecinos del norte, como ya lo hacía notar Julián Huxle en su libro "Vivimos una Revolución", no han acabado de darse cuenta a estas horas de que efectivamente, estamos viviendo una gran revolución. El reciente triunfo del señor Goldwater en el seno del Partido Republicano de los Estados Unidos de Norteamérica nos lo vuelve a confirmar.

En esta disyuntiva de seguir atados al carro del imperialismo o de salvarnos, no cabe otra alternativa que salvarnos por nuestras propias fuerzas. El peligro está en que caigamos en la tentación de ensayar la fórmula rusa.

Repeticemos palabras de Carlos Naudón, autor ya citado, "América vive así una era pre-revolucionaria y en el gran reloj de su historia están sonando las horas de la impaciencia... La superación del viejo orden... sólo podrá venir de aquellos movimientos políticos que sean capaces de dar algo más que el caduco capitalismo semi-reformado en sus aspectos más crueles... Porque de lo que en último término se trata en nuestra América, es encontrar una fórmula de convivencia humana que no sea ni el capitalismo libre empresista ni el despotismo marxista, el cual, por otra parte, no es sino el discípulo aventajado de aquél" (21).

Volvamos los ojos a Unamuno que nos ha inculcado la idea de una solidaridad consciente de los pueblos de lengua española y repitamos con él aquello de que debemos sentirnos cada vez más "salvajes, inmundos y asquerosos *unitarios*". La idea ya está en marcha y no tardará mucho el que se constituya una Corte, un Parlamento y una Organización de Estados "Iberoamericanos", como los quería Unamuno, pues en realidad responde a lo que él denominaba "panamericanismo ibérico" Bolívar soñaba en lo mismo cuando hablaba en su célebre carta de Jamaica de "la más grande Nación del Mundo". Sólo que en las actuales circunstancias no se trata ya solamente de coordinar los esfuerzos separados para articular una voz más potente que se haga escuchar

(19) *Ensayos* VI, pág. 832.

(20) Carlos Naudón, *América Impaciente*. Editorial del Pacífico S. A., 1963. Pág. 181.

(21) *Op. cit.*, pág. 218.

en el foro de las naciones del mundo. Ciertamente que todavía esto sigue siendo necesario, pero hay otras razones, también muy poderosas que obligan a Iberoamérica a buscar, con dramática urgencia, formas concretas y audaces de integración, porque si no las encuentra pronto sus problemas vitales la llevarán al caos.

Para Iberoamérica el constituir un bloque armónico y coherente no representa hoy una aspiración de simple prestigio o de poder político internacional; su integración significa para ella una cuestión de vida o muerte. Integrarse es sobrevivir.

Valgan estas conclusiones a que nos ha traído el pensamiento siempre vigente de Unamuno sobre Hispanoamérica como el mejor homenaje o la mejor manera de celebrar el centenario de su nacimiento. Después de todo se honra su memoria muy dignamente retornando a sus obras para extraer de ellas, de ese "hontanar de vida, de verdad y de pasión", que decía Guillermo de Torre, las consecuencias que en ellas se contienen potencialmente y llenándolas de perdurable actualidad.

A nosotros en esta noche nos ha tocado seguir, no su pensamiento, sino más bien la trayectoria de su pasión sobre Hispanoamérica, aquella Hispanoamérica que él deseó ver, como a su España, llena de vida espiritual y en la que según dijo habría querido vivir para buscar en ella a España, la España íntima y eterna que tanto amó y le dolió en el corazón.